

EL ESCOLAR.

De Cali escribió al monarca español Carlos V. haciéndole serias y aun descomedidas observaciones á cerca de las nuevas leyes y querellándose de la conducta que con él habia observado Vaca de Castro dudando de su fidelidad.

En la misma ciudad recibió una comunicacion del Virrey del Perú, demandándole auxilio para sujetar á las huestes de Gonzalo Pizarro que lo habian venido persiguiendo hasta Pasto. Acudió con la mayor presteza á la capital donde se encontró con el Virrey que habia venido á refugiarse á ese lugar; organizó 400 peones y á principios de enero de 1546 salió para el Sur, y fué herido peleando valerosamente en el combate de Añaquito que se libró el 18 del mismo mes; cayó en poder de Pizarro quien lo indultó por haber intercedido en su favor algunos amigos.

Mayores contrariedades le esperaban en su gobernacion; al llegar á Cali fué impuesto de que Rebledo habia obtenido en la Corte el título de Mariscal y que Armendáriz lo habia encargado de las provincias del Sur; indignado Balalcázar protestó contra éste proceder abusivo é ilegal, salió al encuentro de Rebledo quien venia por el norte comiendo multitud de desafueros para hacerse reconocer como autoridad; después de haber inciado algunos arreglos lo suspendió en Pozo y apresándolo lo hizo ajusticiar, agarroteándolo después de oír el dictamen de los oficiales, los cuales lo condecoraron á tal pena.

Comisionó al capitán Coello para que pasara al Antioquia á posesionarse del Gobierno, y para que castigara con todo el rigor de las leyes á los que habian desconocido su autoridad.

Poco tiempo después, estando en Popayan, recibió orden del licenciado Gasca para que cuanto antes organizara el mayor número de fuerzas que le fuera posible, y marchara para pacificar el Perú aún en guerra; así lo efectuó incorporándose con su gente á las tropas reales en Huamanga donde formó, como persona que lo merecia y cuyo dictamen era necesario, parte del consejo del Presidente Gasca y se encontró en la batalla de Jaquijaguama donde fueron derrotadas las fuerzas de Pizarro.

Colmado de merecimientos por la oportunidad y presteza con que acudió en pos de las huestes legitimistas, regresó á Popayan, donde fué cruelmente residienciado por el oidor Briceño y condenado á muerte, debido en gran parte á las instigaciones de una mala mujer que en ello tenia interes.

Habiendo prestado fianza se le concedió la apelacion para ante el rey. Abatido por tanta afrenta púsose en camino, y presa del dolor falleció en Cartagena (1550) cuyos vecinos encabezados por el Gobernador le hicieron solemnes exequias.

Hombre que se bastaba así mismo, don Sebastian de Balalcázar supo con poco esfuerzo levantarse de una condicion humilde y conquistar honrosa nombradía entre los aventureros que visitaron estos países.

Digno y celoso de sus prerrogativas, supo en todo caso hacerlas reconocer, sin malquistarse con sus rivales y tenientes.

Superior en ingenio y capacidad militar á sus dos competidores, (Q. y F.); humanitario y hombre de espíritu público, los superó tambien en las inteligencias y benéficas medidas que tomó, sin mayores crueldades, para asentar en estas regiones la dominacion peninsular. Conoció saludables proyectos con res-

pecto al comercio y colonizacion, que entónces por las cortapisas establecidas no pudo realizar.

Ademas, la vida agitada que, acarreadola pesados sinsabores, le vó en servicio de la corona distrajo su actividad que con mejor éxito habria empleado en servicio de la colonia.

Finalmente su delicado y sensible espíritu sucumbió á la amarga ignominia de presentarse como reo ante aquellos para quienes habia conquistado riquísimos y espléndidos paisés

El carácter dulce, la fidelidad, constancia y bizarría que lo adornaron, son cualidades cuya adquisicion debemos procurar.

EL CARACTER.
POR SAULOS SAULOS.

(Traducción de Venancio G. Manrique).

(Continuacion).

Respecto de Daru, el caso era diferente, porque éste tenia la ventaja de estar algo iniciado en los negocios, como que habia servido la intendencia del ejército en Suiza, á órdenes de Masséna, y durante ese tiempo se habia distinguido tambien como autor. Cuando Napoleon propuso que se le nombrase consejero de Estado é intendente de la Casa imperial, Daru vaciló en aceptar el puesto. "He pasado la mayor parte de mi vida entre los libros—decia—y no he tenido tiempo de aprender el oficio de cortesano." "Cortesanos—le replicó Napoleon—tego hartos á mi lado, y no faltarán nunca, pero necesito un ministro que sea á la vez ilustrado, firme y despierto, y por esas cualidades os he escogido." Cedió Daru al desco del Emperador, y fué luego su primer ministro. Mostróse entónces á la altura de su puesto, sin dejar de ser lo que fué en toda su vida—hombre modesto, honrado y desinteresado.

Los hombres cuyas facultades están avvezadas al trabajo, de tal manera se habitúan á él, que la ociosidad se les hace intolerable, y cuando las circunstancias les estorban su ocupacion predilecta, hallan refugio en otros trabajos. El hombre diligente encuentra luego en qué emplear sus ocios, y puede crearse, mientras que el perezhoso no lo logra jamas. "No se hizo el ocio—dice Jorge Herbert—para el que no sabe aprovecharlo." El hombre más activo ó el más ocupado—observa Bacon—tiene sin duda sus horas de desahogo mientras acecha el flajo y reflujo de los negocios, á ménos que sea lerdo y poco expedito, ó tenga la puerilidad de querer mezclarse en cosas que otros pudieran hacer más acertadamente. Así es como en esas sus horas de ocio han acabado gran número de hombres para quienes el trabajo ha venido á ser una segunda naturaleza, y á quienes les es más fácil trabajar que permanecer ociosos.

Hasta una monomanía puede ser útil para desarrollar las facultades activas; como que se necesita cierta industria para entregarse á una monomanía, y ésta suele proporcionar una agradable ocupacion. Por supuesto que no tratamos de monomanías como la de Don Quixote, que se pasaba horas enteras cazando moscas; ni del rey de Micéno que se propuso hacer liate, y mas la del rey

de Francia que fabricaba cerraduras, eran de un orden más respetable. La rutina de un empleo mecánico es á veces un alivio para el espíritu que está constantemente tirante: es como una intermitencia del trabajo, un reposo, un tiempo de descanso, y el placer que en ella se encuentra consiste más bien en el trabajo por sí mismo que en el resultado.

Pero las mejores son las monomanías intelectuales. Así es que hay hombres de espíritu activo que dejan sus negocios de cada día, para buscar en otros quehaceres la recreación que han menester. Unos apelan á la ciencia, otros á las artes, y el mayor número á la literatura. Semejantes recreaciones son uno de los mejores preservativos contra el egoísmo y los sentimientos vulgares. Parece que fué lord Brougham quien dijo: "Dicho es el hombre que tiene una monomanía!" Y harías tenia él, merced á la versatilidad de su naturaleza; desde la literatura hasta la óptica, desde la historia y la biografía hasta la ciencia social. Y aún cuentan que escribió un romance, y que la notable relación de *The man in the bell* (el hombre en la campana), que se publicó muchos años há en el *Blackwood*, fué parto de su pluma. No debemos, sin embargo, dar rienda suelta á las monomanías intelectuales, porque entónces en vez de recrear, de refrescar y de vivificar la naturaleza del hombre, no producirían otro efecto que devolverle á los negocios rendido, enervado, abatido.

Muchos estadistas laboriosos, fuera de lord Brougham, han ocupado sus ocios, ó se han consolado de la cesación de sus funciones, componiendo obras que hoy figuran en primera línea en la literatura. Los *Comentarios* de César, por ejemplo, sobrevivió hoy como obra clásica; el estilo claro y enérgico en que están escritos coloca á su autor á la altura de Jenofonte, el cual también supo ganar el cultivo de las letras con las exigencias de la vida activa.

Cuando el gran Sully cayó en desgracia como ministro y se vió totalmente aislado, empleaba sus ocios en escribir sus *Memorias*, anticipando el juicio que formaría la posteridad sobre su carrera política. Además, comenzó un romance del género de los de Scudéri, cuyo manuscrito apareció entre sus papeles después de su muerte.

Turgot se consoló de la pérdida de su ministerio, que le fué arrebatado por intrigas de sus enemigos, con el estudio de la física, y con su antigua predilección por la literatura clásica. Durante sus largos viajes, cuando le atormentaba la gota por la noche, se entretenía en hacer versos latinos; pero el único que de él se conserva es el en que quiso retratar á Franklin:

Eripuit caelo fulmen, sceptrumque tyrannis.

Entre los estadistas franceses más modernos, que se han dedicado á la literatura al propio tiempo que á la política, pueden citarse Tocqueville, Thiers, Guizot y Lamartine. Napoleon III soñó un momento hacerse acreedor á una silla en la Academia con su *Historia de Julio César*.

También ha sido la literatura el principal consuelo de los grandes políticos ingleses. Cuando Pitt se retiró del ministerio, como su gran conten-

poráneo Fox, volvió gustoso al estudio de los clásicos griegos y latinos. Grenville consideraba á Pitt como el mejor helenista de su tiempo. Canning y Wellesley, en su retiro, se ocupaban en traducir las odas y las sátiras de Horacio. La pasión de Canning por la literatura se mostraba en todas sus empresas y se reflejaba en toda su vida. Su biógrafo cuenta que después de una comida en casa de Pitt, cuando los demás convidados se dispersaban para conversar, se le veía con Pitt en un rincón de la sala, entregados ambos á la lectura de algún viejo autor griego. Fox también fué asiduo discípulo de los clásicos griegos, y, como Pitt, leía á Jenofonte. También fué autor de una historia de Jacobo II, obra que no es más que un boceto, y que, preciso es confesarlo, le salió muy mal.

Uno de los más capaces y de los más laboriosos estadistas modernos, para quienes la literatura era una monomanía al mismo tiempo que un estudio, fué sir Jorge Cornewall Lewis, hombre de negocios consumado, diligente, exacto y en extremo acucioso. Desempeñó alternativamente las funciones de presidente del consejo de administración del impuesto de los pobres, cuyo mecanismo es obra suya, de canciller de hacienda, de secretario del ministerio de lo interior, y de secretario del ministerio de la guerra. En cada uno de esos empleos adquirió reputación de hábil administrador; y en los intervalos de sus trabajos oficiales, se ocupaba en investigaciones variadísimas; historia, política, filología, antropología y antigüedades. Sus obras sobre la *Astronomía de los antiguos*, y sus *Ensayos sobre la formación de las lenguas romances* son dignas de los sabios alemanes más profundos. Se deleitaba particularmente en estudiar las ciencias más abstractas, y en ello fundaba su mayor felicidad y su más grata recreación. Lord Palmerston solía advertirle que se estaba enfermando á fuerza de continuo trabajar, ya en sus quehaceres oficiales, ya en sus investigaciones científicas. Palmerston á su vez declaraba que no tenía tiempo de leer libro alguno, porque la lectura de los manuscritos era suficiente para él.

Sir Jorge Lewis llevó sin duda muy lejos su monomanía, porque si hubiera tenido ménos apego al estudio, su utilísima existencia se habría prolongado mucho más. Empleado ó no, leía, escribía y estudiaba. Renunció á ser editor de la *Revista de Edimburgo*, para pasar á la cancellería de hacienda, y cuando ya no tuvo que hacer presupuestos, se puso á copiar manuscritos griegos en el Museo británico. Encantábale todo lo relativo á la antigüedad clásica, y uno de los asuntos que más le interesaban fué el de saber qué había de cierto en los casos de longevidad á que más crédito se daba, y que, según su costumbre, él se negaba á creer. Esta fué su idea dominante cuando estaba haciendo su campaña electoral en Herefordshire en 1852, durante la cual, se dirigió un día á un elector para solicitar su apoyo, y recibió una negativa absoluta: "Siento, le replicó el candidato, que no podáis darme vuestro voto; pero, ¿podrías decirme si en vuestra parroquia ha muerto alguien á una edad notablemente avanzada?"

Los contemporáneos de sir Jorge Lewis también

nos presentan pruebas notables del consuelo que puede proporcionar la literatura á los estadistas fatigados de los trabajos de la vida pública. Cuando la puerta de los ministerios se cierra, siempre queda abierta la de la literatura; y hombres que en política son irreconciliables, van á darse la mano en el terreno de la poesía de Homero y de Horacio. El conde de Derby, después de haberse retirado del poder, publicó su bella traducción de la *Iliada*, que será leída aun cuando ya sus discursos hayan sido totalmente olvidados. Lo mismo que él, Mr. Gladstone empleaba sus ocios en preparar sus *Estudios sobre Homero* *, y en dar á luz una traducción de los *Estados romanos de Farini*; y Disraeli señalaba su retiro de los negocios con la publicación de su *Lotario*. Entre los estadistas que han figurado como novelistas debemos citar, además de Disraeli, á lord Russell, que pagó también abundante tributo á la historia y á la biografía; al marqués de Normanby, y al veterano de los novelistas, lord Lytton, de quien puede decirse que la política era su recreación, mientras que la literatura era la principal ocupación de su vida.

De todo esto debemos, pues, deducir que el trabajo, sabiamente distribuido, es bueno tanto para el espíritu como para el cuerpo. El hombre es una inteligencia que se nutre y se sostiene por medio de órganos corporales, y es necesario para la salud que ellos funcionen activamente. No es el trabajo, sino el exceso del trabajo, lo que daña, y menos mal hace un trabajo rudo, que una ocupación monótona, apagante y sin esperanza. Todo trabajo es sano cuando va sostenido por la esperanza; y uno de los grandes secretos de la felicidad, es el de estar uno ocupado útilmente con la esperanza de un resultado satisfactorio. El trabajo intelectual, cuando es moderado, no es más abrumador que los demás trabajos: bien arreglado, es tan útil á la salud como los ejercicios del cuerpo, y si se cuida suficientemente el sistema físico, no hay riesgo de que á un hombre se le exija más de lo que puede soportar. Lo que sí es malsano, es pasar la vida comiendo, bebiendo y durmiendo. Más desgaste produce la herrumbre que el uso.

Pero el exceso de trabajo es siempre una mala economía, y es hasta una pérdida de tiempo, sobre todo si se combina con la tristeza. La tristeza es más matadora que el trabajo; corroe, excita, consume el cuerpo, así como la arena y el asperón, que ocasionan una fricción excesiva, gastan las ruedas de una máquina. Debemos guardarnos por igual contra el exceso de trabajo y contra la tristeza. El trabajo moral no debe ser trabajo forzado, porque gasta y destruye según su naturaleza más ó menos excesiva. Y el trabajador intelectual puede agotar y extralimitar su espíritu por el abuso, lo mismo que el atleta puede lastimarse los músculos y desnucarse si se arriesga en suertes superiores á las fuerzas de su sistema físico.

* Mr. Gladstone es tan entusiasta en literatura, como lo era Canning. Cuántas de él, que estando en Liverpool, en la sala del Jurado, aguzando el resultado de las votaciones, un día de elección en el condado meridional de Lancaster, se ocupaba en continuar la traducción de una obra que iba á publicar en breve.

CAPÍTULO V.

EL VALOR.

El marino se prueba en la tormenta,
Y el soldado en el campo de batalla;
Y en los grandes peligros de la vida
El hombre muestra el templo de su alma.

DANIEL.

El heroico ejemplo de los tiempos pasados es la fuente principal del valor de cada generación; los hombres acometen sobre las más peligrosas empresas, atraídos hacia adelante por la sombra de los valientes que les precedieron.

HELPS.

Mucho les debe el mundo á los que en él se han distinguido por su valor. Pero no se entienda que hablamos del valor físico, en el cual apenas podremos igualarnos al perro de presa, que no es tenido por el más sensato de los de su especie.

El valor, que se manifiesta por medio de silenciosos esfuerzos, el que resueltamente lo sobrelleva todo, y todo lo soporta por amor á la verdad y al deber, ese es más heroico que las hazañas del valor físico, que se recompensan con honores y con títulos, o con lauros que suelen estar empapados en sangre.

El valor moral es el que caracteriza la verdadera grandeza del hombre y de la mujer; el valor que nos hace decir la verdad, ser justos y honrados; el valor que nos da fuerza para resistir á la tentación y para cumplir con nuestros deberes. Si el hombre y la mujer no son poseedores de ésta, no pueden estar seguros de conservar las demás virtudes.

Todo progreso en la historia de nuestra raza se ha efectuado al través de dificultades y de contradicciones, y ha sido realizado y consolidado por hombres intrépidos y valientes, que han servido de guía á los demás en el campo del pensamiento; y esos hombres fueron grandes inventores, grandes patriotas y grandes trabajadores. Tal vez no hay una sola verdad ni una sola doctrina que, para hacerse reconocer, no haya tenido que luchar contra la maledicencia, la calumnia y la persecución. "Siempre" — dice Heine — "siempre que un alma grande se ha remontado en alas de su pensamiento, ha encontrado un calvario."

Los atenienses condenaron á Sócrates á beber la cítula cuando tenía setenta y dos años, porque sus enseñanzas eran contrarias á las preocupaciones y al espíritu de partido de su siglo. Acusólos de que corrompía la juventud de Atenas, excitándola á despreciar á los dioses tutelares del Estado; él tuvo el valor moral suficiente para arrostrar, no sólo la tiranía de los jueces que lo condenaron sino la del populacho que no supo comprenderle. Murió discutiendo sobre la inmortalidad del alma, y dirigiendo á sus jueces estas últimas palabras: "Es tiempo de que nos separemos, yo para morir, vosotros para vivir; pero fuera de Dios, nadie sabe á cuál de nosotros tocará el mejor destino."

¡Cuántos grandes hombres y cuántos grandes pensadores han sido perseguidos en nombre de la religión!

De este número fué Galileo, cuya reputación de sabio casi quedó eclipsada con la de mártir. Denunciado desde el púlpito por las ideas que profesaba sobre el movimiento de la tierra, fué llamado á Roma á los setenta años de edad para responder de su heterodoxia; y allí fué aprisionado en el tribunal de la inquisición y obligado á retractarse para evitar el tormento.

Rogerio Bacon, el fraile franciscano, fué por...

guido á causa de sus estudios sobre la física, y sus experimentos químicos hicieron que se le acusara de haberse dado á la magia. Sus escritos fueron condenados, y él estuvo preso durante seis años.

Ockam, uno de los más antiguos filósofos españoles de Inglaterra, fué excomulgado por el papa, y murió desterrado en Manich, donde lo había protegido la amistad del rey de Baviera.

Vésale, uno de los médicos más hábiles de su tiempo, fué perseguido por haber revelado el hombre al hombre, así como lo había sido Galileo por haber revelado los cielos al hombre. Vésale tuvo el arrebato de estudiar la estructura del cuerpo humano por medio de la disección, práctica casi absolutamente prohibida hasta entonces; pero pagó con su vida el haber echado los fundamentos de una nueva ciencia. Para sustraerlo al juicio y á la muerte que se lo esperaban, el rei de España, Felipe II, le obligó á ir en peregrinación á la Tierra santa; y cuando ya volvía, naufragó el buque en que iba, y arrojado á la isla de Zante, murió, joven aún, de hambre y de miseria.

Cuando se publicó el *Novum Organum*, se levantó contra él una grita general á causa de que se le suponía destinado á producir "revelaciones peligrosas," á "trastornar los gobiernos," y á "derrocar la autoridad de la religion;" (1) y un tal doctor Henrique Stable—que sin eso hubiera quedado relegado al olvido,—escribió un libro contra la nueva filosofía, denunciando á toda la secta de los experimentadores como "generacion con cara de Bacon." (2)

Encontró oposicion el establecimiento de la Sociedad Real, so pretexto de que "la filosofía experimental es contraria á la fe cristiana."

Mientras los discípulos de Copérnico eran perseguidos por infieles, Keplero fué notado de herege "porque"—decía él—"sigo el camino que me parece acercarse más á la palabra de Dios."

El puro y sencillo Newton, de cuya alma decia el obispo protestante Burnet que era "la más blanca" que habia conocido; Newton, cuyo corazón era tan puro como el de un niño, fué acusado de "destronar á la Divinidad" con su sublime descubrimiento de la ley de la gravitacion; y acusacion parecida se le hizo á Franklin cuando explicó la naturaleza del rayo.

Spinoza fué proscrito por los judíos sus correligionarios, porque sus nociones en filosofía eran consideradas por ellos como contrarias á su religion, y más tarde un asesino atentó contra su vida por igual causa.

La filosofía de Descartes fué denunciada por irreligiosa, á tiempo que se decia que las doctrinas de Locke inducian al materialismo; y aun en estos tiempos el doctor Buckland, Mr. Sedgwick y otros grandes geólogos han sido acusados como deenaturalizadores de la revelacion, en lo que á la constitucion y á la historia de la tierra se refiere.

Puede decirse, en verdad, que ni en astronomía, ni en historia natural, ni en física ha habido un solo descubrimiento que no haya sido atacado por espíritus menguados y prevenidos, como conducente á la impiedad.

Algunos grandes inventores, bien que no hayan sido tachados de irreligiosidad, no han dejado de incurrir en más de una culpa de carácter profesional y público. Cuando el doctor Harvey publicó su teo-

[1] Sin embargo, el mismo Bacon decia: "Preferiria creer en el alma, artefacta de la leyenda del Talmud y del Alcoran, á lo que convencer en que el sistema universal carece de alma."

[2] Bacon en inglés significa *Bacon*.—N. T.

ría sobre la circulacion de la sangre, se le retiraron los enfermos; y el cuerpo médico lo declaró loco. "Lo poco bueno que yo haya hecho"—decia Juan Hunter—"lo he llevado á cabo en medio de las mayores dificultades, y á despecho de la mayor oposicion."

Mientras sir Carlos Bell se dedicaba á importantes estudios sobre el sistema nervioso, que le dieron por resultado uno de los más grandes descubrimientos fisiológicos, escribia á un amigo: "Si yo no fuera pobre, y si no tuviera que sufrir tantas contrariedades, qué feliz seria!" Pero tambien él hubo de notar que muchos de sus enfermos le abandonaban despues de publicar cada una de las fases de su descubrimiento.

Así, pues, casi todas las conquistas alcanzadas en el campo de la ciencia, mediante las cuales hemos avanzado á conocer mejor los cielos y la tierra, y á conocernos á nosotros mismos, han sido efecto de la energía, de la abnegacion, del desprendimiento y del valor de los grandes genios de los tiempos pasados, que, á despecho de la oposicion y de los ultrajes que les hicieron sus contemporáneos, figuran hoy entre aquellos á quienes se gloria en honrar la parte ilustrada del género humano.

Y la justa intolerancia con que fueron tratados los sabios del pasado, puede muy bien servir de enseñanza en el presente; como que nos enseña á ser indulgentes con los que abrigan opiniones diferentes de las nuestras, siempre que sus observaciones sean pacíficas, honrados sus pensamientos, y que expresen sus convicciones con toda verdad y con libertad absoluta. Platon dice que, "el mundo es la epístola de Dios á la humanidad," y saberla leer y estudiarla de manera que se comprenda su verdadera significacion no puede producir otro efecto en el espíritu bien ordenado que el de despertar en él una impresion mas profunda, una idea más clara de la sabiduría y una sensacion mas grata de la bondad de aquel á quien todo lo debemos.

El valor de los mártires de su fe no es ménos glorioso que el de los mártires de su ciencia. La resignacion pasiva del hombre y de la mujer que, por amor al deber, se muestran dispuestos á sufrirlo todo, á sobrellevarlo todo en la soledad, sin tener siquiera la dicha de ser alentados por una voz de simpatía, es valor de un orden muy superior al que se despliega en un campo de batalla, en que hasta los más débiles se sienten inspirados por el atractivo del ejemplo y la influencia del número. Largo seria de narrar los nombres inmortales de aquellos que, á despecho de dificultades, de peligros y de sufrimientos, han combatido por sus principios y han cobrado valor en la lucha moral que les movia el mundo, dispuestos á sacrificar su vida antes que renunciar á sus creencias.

Hombres de ese temple, inspirados por el profundo sentimiento del deber, se mostraron, en tiempos pasados, valientes hasta el heroismo, y siguen aún presentando algunos de los más nobles espectáculos que registra la historia.